

VENEZUELA: DEL MOVIMIENTO BOLIVARIANO REVOLUCIONARIO AL MOVIMIENTO QUINTA REPÚBLICA, EL DEBATE POR LA ESTRATEGIA DE PODER. 1996-1998

VENEZUELA: FROM THE MOVIMIENTO BOLIVARIANO REVOLUCIONARIO TO THE MOVIMIENTO QUINTA REPÚBLICA, THE DEBATE FOR POWER STRATEGY. 1996-1998

Mauro Eliseo Berengan¹

Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: mauroberengan@gmail.com

Recibido con pedido de publicación: 10/05/2023

Aceptado para publicación: 20/08/2023

Resumen

Este artículo aborda dos aspectos claves del período final de disputa por la presidencia de Hugo Chávez en Venezuela durante la década de 1990. En primer lugar, analizamos el debate interno que llevó al MBR200 a un cambio profundo en la estrategia de poder: de la abstención activa a la participación electoral. Debate fundamental en la lucha por la hegemonía que, entendemos, redefine marcos de alianzas, objetivos y funcionamientos internos, propiciando rupturas y realineamientos políticos. En segundo lugar, producto de este debate, intentamos reconstruir cómo se produjo la creación y estructuración del Movimiento Quinta República que implicó, según algunas visiones, la “liquidación” de la democracia interna. Este trabajo se enmarca en nuestra investigación doctoral que busca dar cuenta sobre cómo se produjo el proceso de articulación política e ideológica que le permitió a Hugo Chávez y el MBR200 disputar con éxito la hegemonía en el marco de la crisis orgánica que atravesaba el país.

Palabras clave: Chavismo; Hegemonía; Movimiento Quinta República; Estrategia de poder.

Summary

¹Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Mail: mauroberengan@gmail.com

This work approaches two key aspects of the final period of the dispute for the presidency of Hugo Chávez in Venezuela during the 1990s. First, we analyze the internal debate that led the MBR200 to a profound change in its power strategy: from active abstention to electoral participation. A fundamental debate in the struggle for hegemony which, we understand, redefined the frameworks of alliances, objectives and internal functioning, leading to political ruptures and realignments. Secondly, as a result of this debate, we try to reconstruct how the creation and structuring of the Movimiento Quinta República took place, which implied, according to some visions, the end of internal democracy. This work is framed within our doctoral research which seeks to account for the process of political and ideological articulation that allowed Hugo Chávez and the MBR200 to successfully dispute hegemony in the context of the organic crisis the country was going through.

Key words: Chavismo; Hegemony; Movimiento Quinta República; Power strategy.

Introducción

El paso del movimiento al partido, de la articulación social a la articulación política en el proceso de generación de identidades que se producen mediante la articulación discursiva, ¿implica necesariamente una verticalización de la toma de decisiones en pos de la eficacia electoral? ¿cómo procesaron este debate los principales intelectuales orgánicos del movimiento bolivariano? Estas preguntas guían el presente artículo.

Durante la década de 1990, Venezuela vivió un proceso de crisis orgánica cuyo desarrollo comenzó promediando los años 80 con el agotamiento de la hegemonía puntofijista², que implicó la caída del entramado político y de los aparatos de mediación de la dominación como consecuencia –entre otros aspectos– de la disminución de la renta petrolera (Kornblith, 1996: 9). La implementación del modelo neoliberal actuó en este doble sentido de transformación tanto a nivel de la institucionalidad política y la faz discursiva de la hegemonía, como a nivel económico con el empeoramiento de las condiciones materiales de las grandes mayorías populares y la pérdida parcial de la renta vía deuda externa. Si bien el hito de esta crisis fue el Caracazo de 1989³, ciertamente es a partir de 1992, con el frustrado golpe de Estado –o, en la disputa nominativa, sublevación militar– que lideró Hugo Chávez cuando comienza a delinearse una alternativa a la hegemonía dominante en crisis. Y, justamente, son las alternativas visibles, percibidas como probables para las mayorías, las que terminan de configurar las crisis hegemónicas (en las esferas materiales y superestructurales) en crisis orgánicas⁴. Así, con una serie de trabajos de

²Se conoce como Pacto de Punto Fijo (por el nombre de la quinta propiedad de Rafael Caldera donde se firmó) a la constitución de un bloque de poder surgido tras la caída de la última dictadura militar venezolana en 1958. El acuerdo, que implicaba una alternancia de gobierno, incluyó a los principales partidos políticos venezolanos, las Fuerzas Armadas, la iglesia, la Central de Trabajadores de Venezuela y el apoyo de los Estados Unidos. Perduró hasta la crisis de finales de los 80.

³El Caracazo, también conocido como Sacudón, fue un levantamiento popular ocurrido en las principales ciudades venezolanas el 27 de febrero de 1989 contra los paquetes de ajuste neoliberal llevados adelante por Carlos Andrés Pérez. Reprimido por las Fuerzas Armadas, la cifra de muertos –nunca establecida– superaría las mil personas. Este levantamiento implicó la crisis final del puntofijismo y de la preponderancia de los partidos políticos como articuladores de la vida social.

⁴“la inadecuación [entre las subjetividades y el modelo de acumulación] puede cobrar una significación más política en el caso que las subjetividades de los subalternos no sólo no se adecuen, sino que impugnen el orden vigente. En este punto la crisis orgánica cobra toda su intensidad marcada por el carácter decididamente antagónico de la puesta en cuestión del orden socio-económico por parte las clases subalternas, en la medida en que propongan un proyecto hegemónico alternativo” (Balsa, 2020: 331).

investigación publicados en distintas revistas académicas, venimos estudiando este proceso de disputa hegemónica; más concretamente los procesos de articulación⁵ tanto político-organizativos, de intelectuales orgánicos, como ideológico-discursivos, de demandas y sentidos, que llevaron a la conformación de un bloque capaz de disputar con éxito la hegemonía.

Esta mirada teórica, que encuentra en Gramsci su punto de partida fundamental, supone un intento de relacionamiento de los análisis que han tendido a privilegiar la “estructura” o la “superestructura”, a partir de las llamadas teorías de la hegemonía. Entendemos que las prácticas articularias, impulsadas por Hugo Chávez y el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR200), constituyeron mediante la acción política una nueva unidad social –siempre inestable– que logró disputar una hegemonía en crisis; o, como dice el propio Gramsci:

Cada acto histórico no puede ser realizado sino por el “hombre colectivo”, o sea que presupone el agrupamiento de una unidad “cultural social”, por lo que una multiplicidad de voluntades disgregadas, con heterogeneidad de fines, se funden para un mismo fin, sobre la base de una concepción (igual) y común del mundo (...) puesto que así sucede, se ve la importancia de la cuestión lingüística general, o sea del logro colectivo de un mismo “clima” cultural (Gramsci, 1986: 209).

Durante los años 90 y comienzo de los 2000 se generó entonces una formación discursiva bolivariana, estudiada entre tantos por Narvaja de Arnaud (2008), anclada en un bloque histórico que articuló el ciclo de protesta abierto con el Caracazo en torno a un líder y a una demanda de aglutinante tendencialmente vacía: la Asamblea Constituyente⁶. La presencia del ciclo de protesta da cuenta de este necesario relacionamiento de los análisis de la hegemonía en su faz discursiva con las posiciones materiales, con el modo de producción, con la composición social del movimiento; aspectos dejados de lado en el desarrollo laclausiano o, más específicamente, concebidos también como formas de articulaciones de objetos, es decir en última instancia articulaciones discursivas⁷. Creemos que, como plantea Diane Raby:

Por carismático que sea, el líder sólo puede llevar el movimiento popular adonde está dispuesto a ir; o para ser más exacto, la dinámica del proceso puede llevar tanto al pueblo como al dirigente a situaciones inesperadas, pero esas situaciones estaban implícitas –no como algo inevitable, sino como posibilidades– en la estructura de clases preexistente y en la herencia cultural del movimiento (2006: 14).

En este artículo abordaremos entonces dos aspectos fundamentales de este proceso que, entendemos, hacen al trayecto final de la conformación de esta articulación que ganó

⁵Es decir, la posibilidad de que se produzcan asociaciones entre prácticas políticas, grupos sociales y formaciones ideológicas (Stuart Hall, 1998: 198). Si bien es un concepto con una larga tradición en la que deben incluirse el propio Marx, a Althusser, a Gramsci y a Laclau, entre otros; nos basamos fundamentalmente en las reelaboraciones teóricas realizadas por Javier Balsa, particularmente en Balsa, 2019: 467-484.

⁶Creemos que esta caracterización es útil pero no es del todo precisa o, en todo caso, requeriría un desarrollo más prolongado respecto del rol de la Asamblea Constituyente como signifiante (tendencialmente) vacío, pues no lo fue en el sentido dado por Laclau que implica la posibilidad de ser disputado por una pluralidad de discursos en tanto no tienen atadura alguna con un contenido específico. Por el contrario, si bien hubo esbozos sistémicos de reformas constitucionales, la Asamblea Constituyente no estaba presente como demanda en otros discursos ni mucho menos en “todo discurso” (como los ejemplos más claros de “dignidad”, “cambio”, “responsabilidad”), ni era plausible tampoco de ser “llenado” con cualquier contenido.

⁷Al respecto ver Balsa, 2019.

las elecciones en diciembre de 1998: en primer lugar, el debate y consecuente cambio de estrategia de poder desde la impugnación activa (luego de haber sostenido un período de insurrección cívico-militar) hacia la participación electoral, que implicó rupturas y disputas internas. Y, en segundo lugar, la creación del Movimiento Quinta República (MVR) que, del mismo modo, produjo rupturas, desplazamientos internos, cambios en el funcionamiento y la forma organizativa y, en concreto, una mayor verticalización y centralización de las decisiones en unos pocos dirigentes. En resumidas cuentas, el debate del paso del movimiento al partido, de la articulación de la esfera social y la esfera política, de la articulación en sí.

Dicho de otra forma, la creación del MVR es resultado del cambio de estrategia de poder, por lo que el proceso de articulación de las y los intelectuales orgánicos que dirigieron el proceso encontró en este período dos clivajes de disputa que abordamos conjuntamente en este trabajo: la participación electoral, y el sostenimiento de un funcionamiento democrático tanto interno, con la consecuente puja de poder, como hacia los sectores populares. Buscamos reconstruir aquí, a partir de un seguimiento de las declaraciones públicas de sus principales actores (intelectuales orgánicos), de los documentos elaborados por el movimiento, y de las entrevistas que realizamos en Caracas a comienzos del año 2020, cómo se procesaron estos debates en el marco de la disputa hegemónica.

Cambio en la estrategia de poder: de la abstención activa a la participación electoral

Tomamos la estrategia de poder como un eje central de la articulación contrahegemónica en tanto es principalmente el rumbo que organizaciones e intelectuales orgánicos definan respecto del camino para llegar al poder el que estructura alianzas, discursos, acciones, objetivos concretos y visiones respecto de los otros. La estrategia de poder marca el camino de la articulación llevada adelante por el accionar –a nivel de la organización política pero también en la dimensión discursiva– de los principales intelectuales orgánicos del movimiento, por lo que resulta relevante la propia visión de los implicados en el debate.

Hasta 1992 la estrategia buscada se centró en la “insurrección combinada”, que suponía una acción militar de toma del poder por vía violenta, pero con el apoyo y movilización de las mayorías populares afectadas por la crisis (lo que no sucedió en ninguno de los dos intentos golpistas). Así lo definió Hugo Chávez desde la cárcel de Yare en su presidio tras la “insurrección” del 4 de febrero de 1992:

Incluso por allí hay una expresión algebraica que se ha dejado correr, donde la sumatoria del 27F más el 4F, equivale a un 31F, para simbolizar una tercera opción, una tercera forma de salir de este juego trancado. Esta forma sería la combinación del elemento civil con el elemento militar para producir una insurrección cívico-militar (Chávez en Rangel, [1992] 2013: 39).

Esta estrategia excede a Chávez y su organización, se sustenta en sus relaciones durante la década del 80 con el Partido de la Revolución Venezolana (PRV), de cuyo directorio formó parte, pero más en una larga tradición de vínculos entre sectores de las Fuerzas Armadas y organizaciones de izquierda en Venezuela⁸. El primer cambio de

⁸Trabajamos este aspecto en Berengan, 2021.

estrategia se produce entonces, tras dos fracasos de la vía armada, en los debates y rearticulaciones producidos desde la cárcel de Yare. En retrospectiva, así lo comenta el propio Chávez:

Al analizar la situación nos dimos cuenta que una nueva insurrección hubiese sido una locura. Desde el punto de vista militar, nuestro movimiento tenía la mayor parte de sus líderes militares que gozaban de un gran apoyo y habían generado una gran expectativa popular fuera de la institución y, el movimiento militar interno quedó muy debilitado, muy descuadrado, con poca capacidad para organizar un nuevo levantamiento armado porque la mayoría de sus líderes ya estaban detectados. A eso hay que agregar que el sistema había tomado medidas internas para evitar una nueva sublevación: fortalecimiento de sus cuadros, ubicación de su gente en los sitios claves, etcétera (Chávez en Harnecker, 2002: 23).

Retrotrayéndonos a aquel momento, además de la frase que titularon los medios el día de liberación “Lucharé por el bienestar del país y no hablaré de golpes de Estado”⁹, en la entrevista con Rangel Chávez tuvo expresiones como “el MBR200 se configurará en una fuerza política para que, a través de ella, el pueblo pueda tomar el poder. Si esto se logra a través de la vía pacífica o de nuevas intentonas, solo lo determinarán las circunstancias”¹⁰. Pero en otros pasajes vuelve a la dificultad de las condiciones. Las referencias entonces fueron más bien ambiguas.

Considerando dichas circunstancias, así como las declaraciones en los discursos mencionados, en los documentos, en las entrevistas, parece difícil de creer que un nuevo golpe haya estado en la estrategia del MBR para acceder al poder en este período, tras el fracaso de dos intentos, con el movimiento fracturado y algunos de sus dirigentes participando de elecciones con Causa R o sumándose al gobierno de Caldera, con la mayoría de los sublevados dados de baja del ejército, sin mando de tropa. Sí, aclara Chávez, mantenía el trabajo en el ejército mediante contactos, vínculos construidos durante dos décadas, sosteniendo la visión de la fusión cívico-militar. Pero la estrategia de poder no se centraba ya en la acción armada: “Nuestra idea era canalizar la fuerza del pueblo y llevarla a un objetivo antisistema: la Asamblea Constituyente” (Chávez en Ramonet, 2013: 641). Este objetivo requería articular luchas sociales, realizar una amalgama de las distintas demandas que recorría un golpeado pueblo venezolano, estructurar una dirección encarnada en el MBR200, y contar con un objetivo movilizador y articulador, una Asamblea Constituyente.

Esta fue entonces la acción fundamental del movimiento durante los años 1994 y 1996, recorriendo el país en la llamada “gira de los 100 días”. La estrategia marcaba una continuidad fundamental con la “insurrección cívico-militar”: la impugnación del sistema en su conjunto, la colocación como exterioridad a la articulación del MBR de toda la “partidocracia”, por lo que en las elecciones de 1993 y de 1995 el movimiento llamó a la “abstención activa”¹¹. El año 1996 representa un quiebre tanto en el gobierno como en la acción del MBR. Rafael Caldera, que a nuestro entender llevó adelante un intento de revolución pasiva rompiendo con su partido e incorporando sectores de izquierda –y sus discursos– para lograr el triunfo electoral en 1993, viró en 1996 hacia la profundización neoliberal con la llamada Agenda Venezuela. El MBR, por su parte, continuó su

⁹Diario “El Nacional” 27/03/1994. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Venezuela.

¹⁰Diario “El Nacional” 28/03/1994. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Venezuela.

¹¹Para un seguimiento de todo el proceso recomendamos López Maya, 2006.

articulación polarizante publicando su “adverso”: la Agenda Alternativa Bolivariana¹². Pero esta definición calderista neoliberal, que llevó a la ruptura con el PCV, sumado al crecimiento de la articulación en el MBR, aceleró también el replanteamiento de la estrategia de poder.

La discusión no sería sencilla pues como vimos la tradición de impugnación sistémica era muy fuerte en el movimiento. Además, los riesgos eran muchos: la incorporación y absorción sistémica del movimiento y del propio Chávez que impidiese lograr los cambios profundos o la revolución pregonada; la posibilidad de derrota y disolución del MBR; la absorción de la protesta social y sus cuadros por el aparato de Estado; el rol que jugaría el MBR –y por ende el grupo de conducción– si Chávez asumía la presidencia; el lograr la victoria electoral, pero no conseguir mantenerse en el poder o siquiera asumirlo; la forma de organizar el movimiento en la disputa de poder interna; etc.

Deben destacarse cuatro momentos/acciones del debate electoral: las asambleas del MBR200 para discutir la estrategia de poder llevadas adelante en diciembre de 1996 en Chacaíto y en abril de 1997 en Valencia, el lanzamiento del movimiento “Todos con Chávez”, y el encargo de una serie de consultas populares sobre la intención de votos.

Según relata Chávez, tras la presentación de la Agenda Alternativa Bolivariana terminó de convencerse de que la vía electoral era el camino, pero casi no contó con apoyo:

La primera vez que hablé de la posibilidad de ir a elecciones fue en Cumaná. Y cuando llegamos después al sitio de descanso, mis propios escoltas, que andaban con una pistola o un fusil viejo de la época de la guerrilla, vinieron a hablar conmigo, eran como ocho. Me dijeron: Comandante, lo queremos mucho, pero para elecciones no cuente con nosotros. Muchos compañeros me acusaban de traicionar al MBR-200, de dejarme llevar por el electoralismo. Afirmaban que el sistema nos iba a tragar. Me sentía como en el banquillo de los acusados. (...) Fuimos a San Cristóbal a otra reunión, y el veredicto fue peor para mí. Estaba cansado, golpeado duro, desalentado. Me dije: «Bueno, si es así, me retiro». (...) Me preguntaba: «¿Qué hemos creado? ¿Qué quiere esta gente? ¿Otro levantamiento militar? ¿Con qué? ¿Para qué?» (Chávez en Ramonet 2013: 687).

Relato ciertamente respaldado por los testimonios de protagonistas claves en el debate como lo fueron William Izarra, Iris Varela o Fredy Bernal, como veremos enseguida. De todas formas, en la (re)construcción discursiva del liderazgo chavista encontramos varias veces la cuestión de la derrota momentánea, del líder caído, al borde de rendirse, que luego obtiene fuerzas para “resucitar”: los días posteriores al 4 de febrero de 1992, esta derrota momentánea en el debate electoral, o más adelante el golpe de abril de 2002, entre otras ocasiones.

Siguiendo el relato de Chávez, su convencimiento se debió a dos factores: la imposibilidad de realizar un levantamiento militar con los contactos que mantenía en las Fuerzas Armadas, y la gran aceptación popular, hasta devoción que parecía despertar en las mayorías populares. Este punto es relevante pues las encuestas mediáticas ubicaban a Chávez debajo del 10% de la intención de voto (incluso bastante menos), muy por detrás de otros y otras “presidenciables”. La historiadora y luego miembro de uno de los partidos

¹²Trabajamos este proceso en Berengan, 2023. Recordamos que el concepto gramsciano de revolución pasiva implica la búsqueda de pasivización del conflicto mediante la incorporación de demandas y sectores “de abajo” vaciados de su contenido impugnador e iniciativa política.

del Polo Patriótico López Maya, caracterizaba así al movimiento en un artículo publicado precisamente en julio de 1996:

El MBR-200 por su parte, tiene algunas limitaciones ideológicas que hacen inciertas sus posibilidades de crecer a futuro. La más importante de ellas es su diagnóstico del proceso histórico venezolano. Para los bolivarianos la historia venezolana del siglo xix y xx es la misma. Las masas populares siempre han sido las víctimas de las oligarquías, ahora llamadas partidos (...) El MBR-200 no reconoce que las masas populares venezolanas se incorporaron de la mano de partidos populares, en especial de AD, a la participación política y durante décadas no se sintieron víctimas sino actores importantes del proyecto nacional (...) Se necesitará un prolongado y masivo estado de desesperación y desarraigo para que un mensaje de estas características sobrepase una audiencia restringida. Por ello, en la medida en que se va aclarando el proyecto se alejan los individuos y grupos heterogéneos que se acercaron en el entusiasmo de los primeros tiempos (López Maya, 1996: 149).

Este testimonio resulta relevante en tanto seguimos la articulación de intelectuales orgánicos en la que López Maya actúa como historiadora a la vez lo hará como militante del partido Patria Para Todos (PPT) que apoyó a Chávez para luego distanciarse. La aceptación del movimiento para estas fechas era difícil de medir, aunque —a la distancia— la prensa y este tipo de análisis parecían no estar viendo o queriendo ver el fenómeno que de algún modo el MBR o el propio Chávez sí percibían. Y no nos referimos sólo al apoyo electoral, sino también a la pertinencia del discurso elaborado desde el MBR para conseguir ese apoyo, para articular lo disperso, estrategia totalmente errónea según lo veía López Maya pero que a la postre no parece haberlo sido. Marcamos de todas formas que la abstención en las elecciones de 1993 y 1995 pudo haber menguado momentáneamente el apoyo electoral al movimiento explicando al menos una parte de esta curva.

Como marcamos al inicio, tanto por los riesgos que implicaba como por el origen insurreccional del movimiento, una parte mayoritaria del MBR se mostraba contraria al cambio de estrategia. Así recuerda Iris Varela, dirigente nacional del movimiento desde el Estado Táchira, un episodio previo al debate en la asamblea de diciembre:

En Táchira nosotros nos rehusamos a la vía electoral, planteamos llegar al poder por la vía de la lucha armada. Por supuesto que eso era una locura, pero estábamos convencidos de eso y hasta ese momento ni Chávez nos había podido convencer de lo contrario. En Táchira, la postura de Chávez salió derrotada. Después de esa reunión, le di la cola en mi carro, el Comandante Chávez hizo que nos paráramos en un lado por la carretera y se bajó en un puente, andaba con nosotros José Gregorio Zambrano, que fue teniente de la insurrección. Él se bajó a hablar con Chávez y después, a los años de ese episodio, me dijo: ‘Al presidente se le aguaron los ojos en Táchira, Iris’ (Varela en Velázquez, 2017: 133).

Así, con el convencimiento de Chávez, con los estudios electorales marchando, y con buena parte de las estructuras regionales del MBR en contra, la dirección nacional del movimiento intentó generar una organización que contenga los apoyos más allá del movimiento. Algunos de los miembros abocados a esta tarea fueron William Izarra, Luís Alfonso Dávila y Luís Miquilena, dando lugar al nacimiento del movimiento “Todos con Chávez” en septiembre de 1996 (Izarra, 2001: 94). Izarra relata que en él se estudiaba la Agenda Alternativa Bolivariana y se buscaba establecer planes de gobierno locales, así

como capacitar a la población mediante asambleas regionales para la realización de la Asamblea Constituyente (2001: 94).

Decimos intentó porque si bien la organización creció rápidamente, el propio Izarra recuerda que se desataron conflictos con los grupos constituidos del MBR a lo largo del país quienes entendían que se incorporaban personas mediante el movimiento Todos con Chávez que no seguían los lineamientos de la organización. De fondo, recordamos, estaba la disputa por la presentación electoral que el movimiento Todos con Chávez logró fortalecer, pero que era resistida por buena parte del MBR a nivel nacional. El intento no perduraría más allá de mediados de 1997, pero estuvo allí como un espacio de empuje para la presentación electoral.

Llegamos así a la asamblea del 16 y 17 de diciembre de 1996 que debía terminar de definir si el MBR participaría o no de las elecciones. Además, debía elegir una nueva conformación de la dirección nacional del movimiento. Este punto se agotó rápidamente mediante votación, quedando constituida la dirección nacional del siguiente modo: Hugo Chávez, director general; Luis Alfonso Dávila, director ejecutivo; Nayib Ayaach, director de ideología; Miguel Madriz Bustamante, director de organización; Nicolás Maduro, director de administración; Freddy Bernal, director de movilización y William Izarra, director político (Izarra, 2001: 94); cuatro militares y tres civiles.

En la nueva dirección nacional había tres férreos opositores a la presentación electoral: Bernal, Maduro y Ayaach, a los que se sumaban importantes dirigentes como Iris Varela y Cilia Flores, y delegados de buena parte del país. Es de notar que, en términos generales, los militares estaban más a favor de la vía electoral que los civiles, la mayoría de los cuales argumentó en contra. Si se lee atentamente el libro testimonial de William Izarra “En busca de la revolución” (2001), con su descripción sobre el rol de EEUU en la geopolítica local, la imposibilidad de apoyos externos a un gobierno surgido de una insurrección armada, la persecución de los organismos de inteligencia sobre el movimiento, la situación de los cuarteles y el mundo militar, podría hipotetizarse que dicho conocimiento del mundo militar había convencido a los propios militares de la imposibilidad de reeditar un intento violento de la toma del poder, mientras los civiles, en su mayoría militantes de izquierda, insistieron con el cuestionamiento al sistema político. No decimos, sin embargo, que todos los militares estaban a favor de la presentación electoral, pues el sector más conservador de ellos también se opuso. Veremos los sectores internos constituidos en el movimiento en el siguiente apartado.

Fredy Bernal recuerda la asamblea de diciembre como un “choque de trenes”, con mucha tensión y enfrentamientos con el propio Chávez. Tras un encendido discurso de Bernal argumentando la abstención a partir del cuestionamiento al sistema electoral corrupto, según su relato Chávez se paró y le dijo “ahora entiendo por qué Bolívar fusiló a Piar, porque Piar quiso dividir el movimiento revolucionario¹³” (en Velázquez, 2017: 140). Recuerda además que, de hacerse la votación, aquel día hubiese ganado la abstención, pero

¹³Manuel Piar fue un destacado general de la independencia venezolana fusilado por orden de Bolívar el 16 de octubre de 1817. Este hecho ha despertado –y lo sigue haciendo– fuertes debates historiográficos y políticos en Venezuela. Tiende a atribuirse las causas del fusilamiento al intento de Bolívar por “domesticar” a los caudillos regionales, erigiéndose como autoridad única de la lucha por la independencia y la nación por construir. En esta visión, varios de los generales de las batallas contra los españoles, como Mariño, Páez, Bermúdez y el propio Piar, disputaban el poder entre sí poniendo en riesgo la unidad de los patriotas, de allí la supuesta referencia de Chávez a Bernal.

que apostaron a continuar el debate ante el clima de división. Así, se acordó aplazar la decisión, realizar una gira por el país debatiendo con los miembros locales del movimiento, y volver a discutir la estrategia en una próxima asamblea.

La fractura era tal que, según relata Iris Varela, se realizó posteriormente una reunión en Quibor, en el Estado Lara, convocada por un grupo del MBR en la que se acusaba a Chávez de haber traicionado al movimiento bolivariano, incluso con la participación –según Varela, quien estuvo en el encuentro– de un agente de la CIA que posteriormente identificaron (Velázquez, 2017: 142). La persecución de la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP) contra el movimiento se agudizó entre una asamblea y la otra con operativos, allanamientos e incluso encarcelamientos, fueron presos entre otros Cilia Flores y Nicolás Maduro. Sin embargo, coinciden los testimonios en que en estos meses Chávez y otros miembros de la dirección nacional visitaron a las distintas direcciones regionales logrando obtener un consenso mayoritario sobre la participación electoral. “Chávez nos convenció a nosotros y nosotros a la vez convencimos a los demás” recuerda Fredy Bernal (en Velázquez, 2017: 145).

Para la asamblea del 19 de abril de 1997 en Valencia, la dirección nacional elaboró un documento de debate titulado “Marco General Para un Análisis Político¹⁴” centrado en la caracterización de la situación internacional y la disputa entre potencias como una oportunidad para Venezuela “derivada de los antagonismos imperiales”. Esto quedaría demostrado, según el documento, en los avances del zapatismo mexicano, el sandinismo nicaragüense y el Frente Farabundo Martí en El Salvador, entre otros; lo que se replicaba en Venezuela en el ascenso de las luchas no solo de los trabajadores asalariados sino también “de los empresarios de sectores fuertemente golpeados por la aplicación del programa neoliberal”. Si bien el documento sostenía que “aún no están maduras las condiciones subjetivas (grado de conciencia política necesaria y suficiente en el pueblo) para imprimirle el impulso definitivo a un proceso transformador” (en Velázquez, 2017: 171), argumentaba que era claro el ascenso en las luchas y que su dirección y continuidad dependía en buena medida de las acciones del MBR, sosteniendo la necesidad de crear una estructura política que oriente las luchas hacia el desmantelamiento del programa neoliberal y la toma del gobierno.

Uno de los que argumentó a favor de la participación electoral fue William Izarra, quien pocos años después recordó así su postura:

La situación de ir a las elecciones sería una decisión táctica, de alcance operativo inmediateista y transitorio. Lo básico e ideológicamente estratégico, fundamentado en:

- la transformación de las relaciones dominantes,
- la creación del poder constituyente,
- acabar con la corrupción administrativa, ética y moral,
- desconcentrar y descentralizar el poder nacional y
- estimular cambios sociales en el modo de producción.

Todos estos postulados se mantendrían vigentes. Dos fases globales componían la acción política. La primera, la fase táctica, tomar el poder por la vía electoral y la segunda, la fase estratégica, ir al fondo de los cambios estructurales para

¹⁴Disponible en Velázquez, 2017: 167.

transformar de raíz todas las relaciones que se dan en el sistema político. Solamente así se justificaría el cambio de la nueva acción política del MBR-200. Esa era mi posición. Por eso creí en las elecciones (Izarra, 2001: 94).

En general, los argumentos a favor se desarrollaron en torno a la resignificación del momento electoral no como un acto burocrático sino como una nueva vía para la revolución, respondiendo a los miedos que mencionamos, como la absorción sistémica, a partir de la centralidad de la Asamblea Constituyente para la transformación:

El argumento con el que pudimos convencer a la gente fue: no nos vamos a transformar en un partido tradicional, no disputamos un espacio de poder con otro. No, nosotros dijimos vamos a demoler la estructura política, económica y jurídica para construir una sociedad diferente, una sociedad de iguales, una sociedad de inclusión (...) Vamos a Constituyente y vamos a las elecciones para el Congreso, pero no vamos a quedarnos en ese Congreso, vamos a meternos para demoler la Cuarta República desde adentro (Bernal en Velázquez, 2017: 145).

La decisión fue denominada “ventana táctica”, y así sería, también, argumentada y difundida:

Recuerdo que cuando íbamos a tomar la decisión electoral hablábamos siempre de la ventana táctica. Las elecciones eran para nosotros la ventana táctica dentro de la estrategia, y siempre aceptábamos que las computadoras tenían razón cuando recogían en aquellos juegos que practicábamos, que esa ventana táctica se acercaba a un escenario catastrófico muy riesgoso, que coríamos el riesgo de caer en las redes del sistema. Cuando elegimos ese camino lo hicimos muy conscientes de que coríamos ese riesgo, Marta. Yo tenía mucho miedo de terminar con algunos diputaditos, algunos gobernadorcitos, negociando (Chávez en Harnecker, 2002: 24).

También se utilizó la fórmula “ofensiva táctica masiva” que buscaba describir la necesidad imperiosa de organizar a las mayorías populares en pos de articularlas en un apoyo a la candidatura del MVR. Pero, si la búsqueda era por disputar la hegemonía, en el marco de la crisis orgánica, para obtener el poder estatal y desde allí realizar las transformaciones propuestas (que enumera Izarra), resulta curioso el énfasis puesto en la “táctica” para argumentar el paso hacia la participación electoral. La decisión sería “de alcance operativo inmediateista y transitorio” según se lee en la cita de Izarra, ganar las elecciones para dar comienzo a la estrategia. Sin embargo, prácticamente desde cualquier definición, desde diccionarios hasta desarrollos teóricos en el mundo de las ciencias sociales, parece bastante evidente que categorizar en “táctica” esta disputa y posterior definición resulta difícil de sostener. Entendemos, en cambio, que se trata de la estrategia de poder y las formas de transición, tema de amplio debate en las organizaciones de izquierda durante todo el siglo XX. Este deslizamiento da cuenta quizás de lo delicado del asunto, de la oposición que despertaba, del uso de operaciones retóricas para volver más digerible un cambio profundo y resistido, un cambio de estrategia.

La asamblea aprobó entonces dos puntos cruciales: la participación electoral con la candidatura de Hugo Chávez, y la creación de un movimiento político que exceda, pero no reemplace, al MBR. El MBR debía seguir existiendo como núcleo de un movimiento mayor. Se decide así la fundación del MVR que buscaba mantener la sonoridad del MBR. Además, no podía utilizarse el nombre de Bolívar para la participación electoral según la ley vigente.

El documento preparado para el debate explicitaba la intención de articular las luchas sociales con los objetivos políticos, quizás el tema central a la hora de pensar un proyecto revolucionario que logre disputar la hegemonía. La articulación entre la esfera social y la esfera política, la prioridad en la construcción cotidiana que se dé a cada una, es determinante para la estrategia de poder y, por ello, lo es también para las alianzas, la forma organizativa y el contenido discursivo. Este debate estuvo muy presente durante la década de 1990 y los años dos mil en toda la región, influenciados tanto por pensadores europeos como Toni Negri o John Holloway, como por los nuevos movimientos sociales que desde el zapatismo mexicano a los piqueteros argentinos tendieron a priorizar la construcción social alejada de lo político, lo particular alejado de la posibilidad de universalización, el territorio alejado del Estado, el movimiento alejado del partido, el “cambiar el mundo sin tomar el poder”. Para el caso que analizamos, el pensamiento antipolítico, o más bien antipartido, era muy marcado en el mundo militar, como lo era en plena crisis orgánica para buena parte de la población. Sin embargo, contrario a los movimientos sociales que crecieron en la región contra el neoliberalismo, el MBR tenía desde su nacimiento el claro objetivo de tomar el poder estatal. Se discutió la vía para hacerlo, no si debía hacerse. Chávez había leído a Gramsci (y –en lo que aquí respecta– a Lenin, a Mao Tse Tung), y en declaraciones y documentos puede verse la utilización de sus categorías, por ejemplo en la recopilación de entrevistas realizadas en Yare por José Vicente Rangel. En este caso, si bien no podemos imputar la autoría de este escrito al propio Chávez, vemos que en los documentos del movimiento se desarrollaba la necesidad de conducir las demandas de tipo económico-corporativas, en la correlación de fuerzas de la lucha por la hegemonía, hacia la disputa política:

Conjugar las luchas socioeconómicas con la búsqueda de los objetivos políticos. Los factores brevemente descritos (antagonismo entre los polos de poder mundial y ascenso de las luchas populares en los países subordinados) se asocian con el progresivo incremento de la movilización de diversos sectores sociales en Venezuela, decididos a detener la aplicación del paquete neoliberal contenido en la mal llamada Agenda Venezuela. No obstante, a pesar del avance en los niveles de protesta y de conflictividad social, estas manifestaciones apuntan más hacia las demandas reivindicativas de tipo socio-económicas, que hacia la búsqueda de objetivos políticos trascendentales para la toma del poder. El MBR-200 consciente de esta situación orienta su acción hacia la polarización de los conflictos sociales, de tal manera que el pueblo sienta la necesidad de salir del gobierno actual y reemplazarlo por uno nuevo que dé respuesta a la situación de crisis (Marco general para un análisis político, documento interno MBR, 1997; en Velázquez, 2017: 170).

Sin disputa político-estatal y sin construcción social territorial no parece haber transición posible, siquiera disputa eficaz de la hegemonía, y el “protochavismo” tuvo una temprana definición al respecto, contrario a lo que sucedía en buena parte de Latinoamérica (a la que ciertamente luego influenciaría). La prioridad dada a los intentos de organización popular mediante por ejemplo los Círculos Bolivarianos, a la vez que se creaban estructuras para disputar el Estado primero por vía violenta y luego por vía electoral, parecen confirmar la temprana visión hacia la centralidad de esta articulación político-social. La discusión sobre las formas de lograrlo y la disputa interna sobre las prioridades tendientes a la política estatal o a la construcción socioterritorial continuará siendo un debate crucial y

cada vez más importante a medida que el gobierno chavista se consolide, proponga e intente desplegar su proyecto de transición, encontrando en la comuna su punto de llegada.

Si bien se alcanzó el consenso, la definición no estuvo exenta de conflictos posteriores por lo que algunos miembros pronto abandonarían la organización a partir del debate y confrontación respecto de la forma de estructurarse internamente, por ejemplo William Izarra que tuvo un rol fundamental en dicha tarea. Además, comenzaba el proceso para establecer alianzas y terminar de elaborar un discurso articulador que consolide el apoyo a Chávez de cara a la elección de 1998, frente al ataque mayoritario (pues también tuvo algunos espacios más allá de los obligados por ley como en El Nacional) de la prensa, los partidos tradicionales y los servicios de inteligencia. En resumidas cuentas, un proceso de rearticulación de organizaciones políticas, de intelectuales orgánicos, y del contenido discursivo.

Reestructuración interna y nacimiento del Movimiento Quinta República

El paso del MBR al MVR representó, como venimos viendo, un cambio en la estrategia de poder en la disputa por la hegemonía. El paso de un movimiento que busca articular sectores de protesta y polarizar con el “sistema” impugnando su funcionamiento y manteniéndose al margen de él, a uno cuyo objetivo esencial es ganar las elecciones, supone una renovación de una serie de objetivos y –ahora sí– tácticas, como ser la constitución de una estructura más eficiente y vertical de toma de decisiones que llevará a una reducción de los márgenes de debate democráticos. Como vimos en el apartado anterior, este paso del “movimiento” al “partido” es un tema crucial en la disputa hegemónica de fines del siglo XX y comienzos del XXI en toda la región, siendo quizás el Movimiento Al Socialismo boliviano el que más cabalmente enfrentó este problema que implica, de fondo, la articulación entre lo social y lo político, entre lo particular corporativo y la posibilidad de universalización intrínseca al Estado¹⁵. El debate que se inclinaba en buena parte de los movimientos sociales de los años 90 hacia la impugnación de la participación política en la esfera estatal, fue redefiniéndose con el cambio de siglo, y el “chavismo” fue justamente uno de sus impulsores.

Pero la decisión de la asamblea fue crear una nueva estructura sin que ello implique la desaparición del MBR, y continuando formalmente con la organización movimientista. Esta aparente contradicción encuentra sustento en cómo, finalmente, se estructuró el MVR: explicitación de no crear un partido en un contexto de descrédito y vacío de la política, pero tomando muchas de sus formas internas. Veamos dos miradas retrospectivas que cuestionaron esta transformación desde el punto de vista del funcionamiento democrático:

En la campaña electoral de 1998 el Mbr 200 creó el Movimiento V República (Mvr) como estructura electoral que le permitiera construir, sin contaminar su vida interna, alianzas y concertaciones con grupos y organizaciones de signo ideológico diverso que deseaban apoyar la candidatura de Chávez (Núñez Tenorio, entrevista,

¹⁵Respecto de estas “tensiones creativas” ver Linera, 2011: p. 28. Por su parte, Santiago Anria (2010) ha trabajado también este vínculo entre el movimiento social y el partido para el caso del MAS mostrando que existieron, tal como (entendemos nosotros) sucedió en Venezuela, momentos de mayor apertura y protagonismo popular con otros de cerrazón y control de parte de las cúpulas partidarias; pero no solo momentos sino también políticas disímiles hacia sectores determinados (mayor apertura y participación hacia el movimiento campesino, contrario al caso de las ciudades).

1997). Sin embargo, los éxitos electorales del Mvr en los sucesivos comicios entre 1998 y 2000 terminaron por crear las condiciones para que relevara al Mbr 200 como partido del movimiento (López Maya, 2005). A diferencia del Mbr 200, el Mvr era una estructura electoral vertical y centralizada, al servicio de la candidatura de Chávez, sin espacios de debate ni pretensiones de formar ideológicamente a sus miembros (López Maya, 2009: 16).

A partir del mes de abril de 1998, cuando se hace la primera reestructuración del CTN [Comando Táctico Nacional], y se decide no convocar a las asambleas para elegir las autoridades internas, el MVR rompe con el concepto de democracia interna, pasando a convertirse en una estructura cupular de mando asimétrico y sin consideración alguna de la militancia. Por mi parte, no continué asintiendo al CTN por haber desviado al MVR de sus conceptos originales (Izarra, 2001: 121).

Entonces ¿Qué grado de validez tienen estas afirmaciones? ¿El ingreso a la arena electoral con el nuevo partido implicó una disminución o anulación del funcionamiento democrático? Si es así ¿Había alternativas más participativas y democráticas en el ahora vertiginoso camino hacia el poder estatal? Y, al fin y al cabo, nuevamente ¿Cómo se articula lo político con lo social?

Tras la decisión de crear una nueva organización que exceda al MBR y pueda canalizar las articulaciones necesarias para la disputa electoral, se abrió paso entonces a su estructuración. Decíamos respecto de la forma organizativa, y partiendo desde lo más general, que constituir un partido político que abreve en los debates y estructuras organizativas de las tradiciones de izquierda, o en las formas republicanas en este caso puntofijistas, no parecía una opción. La crisis de la “partidocracia”, la puesta en cuestión de Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) como ordenadores del sistema político, el cuestionamiento desde el mundo militar a los “cogollos” o negociados de cúpula –cuando no a la forma partido en sí–, el ciclo de protesta que se buscaba articular, la carencia organizativa y de identidad política de las mayorías populares, la amplitud ideológica que debía exceder y abarcar mucho más allá de la que ciertamente poseía ya el MBR; todos estos aspectos conducían a adoptar una forma movimientista, por lo que esta primera definición abarcativa no presentó debate. Esta cita de Chávez nos parece relevante para ilustrar este aspecto, dada la prioridad puesta en la articulación y lucha social, crucial para aquel momento histórico y en tensión y disputa en lo que vendrá:

A mí no me quita el sueño ningún partido político; a mí me quita el sueño la organización del movimiento popular [...] los partidos deben ser expresión de ese movimiento popular, deben ser canales de participación y de influencia del movimiento popular organizado, pero no pueden hegemonizarlo. Si no sirven, bueno, el movimiento popular debe arrollarlos (...) Los partidos para mí son como ensayos” (El Nacional, 12 de diciembre de 1999, en Martínez 2014: 24).

La cita arroja luz, además, sobre la percepción que Chávez tenía hacia la articulación de lo político (expresión, participación, influencia) y lo social (movimiento popular organizado). La estructuración que tendrá el nuevo movimiento –según la planificación– se definió a comienzos de junio de 1997 en una reunión de la dirección nacional del MBR en Caracas, acordando constituir la Dirección Estratégica Nacional (DEN) con 60 miembros de los cuales el 60% debía corresponder al MBR y el 40% a

“otros sectores de la vida nacional” (Izarra, 2001: 106). A su vez, siguiendo a Izarra, los miembros del MBR se escogerían con un representante de cada Estado, uno por cada sector organizado del movimiento (por ejemplo militar, intelectual, juventud), un representante de los ejes orgánicos, y los miembros de la dirección nacional. El resto provendría de los “candidatos no militantes del MBR”. Constituida la DEN, cuyo fin era diagramar las estrategias políticas del MVR de cara a las elecciones, a fines de junio se estableció el Comando Táctico Nacional (CTN) como órgano ejecutivo de la DEN con 15 miembros, entre ellos: William Izarra, Luís Alfonso Dávila, Nicolás Maduro, Luís Miquilena, William Lara, Luís Reyes Reyes y José Rafael Núñez Tenorio. Finalmente, resumiendo un esquema que puede apreciarse en detalle en el trabajo de Izarra, se constituyeron los Círculos Patrióticos “expresión de las estructuras de participación política primaria del pueblo” (Izarra, 2001: 108), células de pocos miembros que impulsarían la organización territorial.

Según la elaboración de José Rafael Núñez Tenorio, director de ideología de la CTN, este proceso recién expuesto representaba la “metódica desde arriba”, es decir la estructuración del movimiento desde su dirección con la designación de todos los responsables de organizar cada nivel; pudiera decirse la estructuración política del movimiento. Una vez constituido, debía darse paso a la “metódica desde abajo”: la organización popular “masiva” mediante la realización de asambleas territoriales que elijan autónomamente a sus delegados a instancias superiores; lo social como movimiento popular organizado. Para tal fin, se dividió al país en siete Direcciones Estratégicas Zonales (DEZ) con los encargados puntuales de emprender este impulso. Estas instancias asamblearias delegativas recibían el nombre de Comandos Tácticos (CT): parroquiales, municipales y estatales, hasta constituir el comando nacional.

Si se sigue la ciertamente compleja estructuración, puede ya vislumbrarse el debate que vendría: el peso de las estructuras centralizadas “desde arriba” (elegidas por la conducción) frente al de aquellas constituidas, casi paralelamente, “desde abajo” (elegidas por los territorios); las tensiones entre verticalidad y horizontalidad, entre eficiencia y contenido, entre la praxis y debate ideológico. Esta metódica desde abajo no se terminó de aplicar, fue suspendida por Chávez en marzo de 1998 al reestructurar el CTN, desplazando al propio Izarra de la Dirección de Organización a la de Relaciones Internacionales y colocando en su lugar a Luis Miquilena. El MVR nació ya con las contradicciones y tensiones que veremos una vez alcanzado el poder político. Y nació, ciertamente, con una estructura vertical, hija quizás de las formas del mundo militar, que menoscababa el funcionamiento democrático interno.

En una reunión virtual en septiembre de 2021¹⁶, apenas diez días antes de su fallecimiento, consulté a Izarra sobre los motivos de esta suspensión y la verticalización del movimiento, su respuesta giró por dos aspectos: las diferencias internas de un movimiento heterogéneo y la ausencia de debate ideológico. Y es que, si se siguen sus publicaciones, así como sus conferencias y reuniones, mucho de ese contenido ideológico radica justamente en la forma organizativa, más que en los proyectos sociales y productivos o las tendencias e identidades políticas. La concepción ideológica de William Izarra tenía como eje central la democracia directa, la “inversión de la pirámide” como decía y dibujaba en sus

¹⁶Curso virtual, 15/09/2021. Registro realizado por el autor.

exposiciones, la organización del pueblo desde sí mismo, incluso sin partidos y más allá de inclinaciones políticas —claro que dentro de un marco transformador y tendiente hacia una sociedad más igualitaria de corte socialista. La forma organizativa no es un debate secundario frente al proyecto de futuro, el medio no es menor al fin. Para Chávez en cambio “los partidos son como ensayos” que, en todo caso, serán arrollados.

En la misma reunión virtual, Izarra sostuvo una “triada conceptual” como el corazón de la revolución bolivariana, relevante en tanto vemos los proyectos que se articularon, rearticularon y desarticularon en el proceso de disputa por la hegemonía: 1) el gobierno se convierte en instrumento del pueblo, lo que implica dar centralidad a la formación y difusión ideológica y política, 2) se asume el acto electoral como acto revolucionario que se va a diferenciar del acto burocrático prevaleciente en la cuarta república, el acto revolucionario consiste en tomar el poder y transferirlo a la comunidad organizada, 3) el fortalecimiento del poder constituyente, del poder popular, permanente, en constante movimiento, ejerciendo los derechos colectivos y ciudadanos. La suspensión de la metódica desde abajo y su certeza de que el MVR “liquidaba” la democracia interna en pos del peso que algunos miembros habían adquirido en la necesidad de ganar las elecciones, atacaba entonces el corazón de su pensamiento ideológico.

Puede verse la fuerte inclinación de base, de democracia horizontal, del sector de Izarra, cercana —eclecticamente— a las visiones de los movimientos sociales que mencionábamos para los 90. Como sostuvo Elías Jaua (quién más adelante será vicepresidente y una de las figuras más influyentes del MVR) en la entrevista que realizamos en su oficina de Caracas en febrero del año 2020, el grupo de Izarra era “una corriente militar interesante, sobre todos los que venían de la aviación estaban muy impactados por las tesis del horizontalismo, de la dirección colectiva”. Recordamos que Izarra había formado el grupo ARMA (Alianza Revolucionaria de Militares Activos) a mediados de los años 80, siendo expulsado de las fuerzas por “conspiración marxista”. Continúa Jaua en la entrevista “nosotros como que veníamos de regreso de todo lo que había sido la vaina posmoderna de los 90, estábamos como curados”. De fondo, las líneas divisorias internas del movimiento poseían distintos clivajes —más allá de los dos centrales aquí trabajados— que irían consolidándose con el tiempo llevando a rupturas y nuevas incorporaciones.

Así, respecto de esta heterogeneidad y conformación interna, Izarra sostiene que en el MVR había “militares marxistas, militares pragmáticos institucionales, militares que venían atraídos por el fenómeno Chávez, militares de derecha inclusive”. En trabajos de investigación histórica, también se han realizado distintas clasificaciones haciendo hincapié en el origen, como Arvelo (1998) que propone su distinción a partir del mundo militar, la vieja izquierda y el origen popular, o en distinciones ideológicas en el eje izquierda-derecha.

En la misma entrevista, Jaua distingue entre la “vieja izquierda” (en otros pasajes los denomina “izquierda conservadora”) dirigida por Luis Miquilena, la “izquierda de los 80 y 90” del propio Jaua en la que podría incluirse a Nicolás Maduro, Cilia Flores, Iris Varela, etc., los “militares más conservadores” liderados por Luís Alfonso Dávila, y los “militares cercanos a Chávez” como Rafael Isea, Diosdado Cabello, o Luís Reyes Reyes (Jaua no menciona estos últimos nombres, los ejemplificamos nosotros). Si bien proviene del mundo militar, a William Izarra lo ubica más relacionado con la vieja izquierda, aunque según su testimonio su vínculo era directo con Chávez y de hecho era con Miquilena con

quien mantenía las principales discrepancias. Jaua sostiene que las disputas estuvieron vinculadas a los espacios de poder, pues había relativos acuerdos no del rumbo definitivo, pero sí de los lineamientos principales (terminar con el puntofijismo, luchar contra la corrupción, frenar el proceso privatizador y combatir la situación de pobreza como bandera principal) y del medio para comenzar a operativizarlo (la Asamblea Constituyente). Jaua relata de un modo similar a Izarra la discusión sobre la metódica desde arriba y la metódica desde abajo (que él defendía) y, desde su mirada, triunfó la metódica desde arriba a partir del posicionamiento de miembros de la vieja izquierda más vinculada con sectores económicos.

Así, pasadas y saldadas las primeras discusiones y el protagonismo inicial de Izarra, eran Miquilena y Dávila los que más poder tenían en esta etapa y los que impusieron la lógica de funcionamiento. Y fue Miquilena quien articuló también el apoyo económico para la campaña en sus vínculos con sectores de la burguesía. En la entrevista realizada en 2001 por Marta Harnecker, Chávez contó en detalle su vínculo con Miquilena. Él había facilitado la oficina donde se reunía el MBR previo al golpe de 1992 (aunque sostiene que aún no lo conocía), el celular que tenía en la cárcel, el auto con el que al salir de Yare realizaron algunas de las giras, incluso el departamento donde vivió Chávez un tiempo. Pocos años después así lo recordaba el propio Miquilena, en una cita que ciertamente da cuenta de sus diferencias ideológicas con Chávez:

En cierto modo, soy el padre de la criatura. Cuando Chávez dio el golpe y lo metieron preso escuché que le gustaría tener un teléfono celular y le mandé el mío. Nunca nos habíamos visto, pero me impresionó su personalidad. Me pidió que le visitara en la cárcel, nos hicimos amigos y cuando salió se vino a vivir a mi casa. Soñábamos despiertos con la transformación de Venezuela. Hacían falta grandes cambios, pero desde el principio él se equivocó llamándole revolución, enfrentándose a los pequeños propietarios por la cuestión de la tierra, enfrentándose a Estados Unidos (Miquilena en Ramírez, 2002: 5).

Fue además el articulador (junto a José Vicente Rangel) con las organizaciones de izquierda que conformarán el Polo Patriótico, el que debatía con sus dirigentes, en busca de apoyos para el MVR. Finalmente, más cerca de la elección, reunió a Chávez con representantes de FEDECÁMARAS, con otros empresarios, incluso con ministros de Caldera (Harnecker, 2001: 35). De este modo se convirtió en el articulador del proceso y en el jefe de campaña, o más bien, como vimos, el coordinador del CTN, el hombre con más influencia sobre Chávez, “el último patriota” como lo nombró él mismo en una entrevista a Rangel (2013, [1997]; 172). Con esta configuración, el MVR lanzó la campaña electoral.

Vemos entonces que efectivamente el paso del MBR al MVR, que es también el paso de la abstención activa a la participación electoral, implicó si no una liquidación de la democracia interna al menos sí una centralización y verticalización de la organización en unos pocos dirigentes en el objetivo primordial de ganar elecciones; desafío que, en un proceso de transición, posee todo paso del “movimiento” al “partido”. Pero, a su vez, entendemos que Izarra, uno de los principales portadores de esta crítica que lo llevó a su alejamiento, poseía una visión que, aún proveniente del mundo militar, se presentaba incluso para la “nueva” izquierda del movimiento –como Elías Jaua– excesivamente horizontalista o, en otro sentido, ineficiente para la disputa electoral. Luís Miquilena se presentó, en cambio, como el hombre pragmático que “sabía” y tenía los contactos

necesarios para hacer a Chávez presidente, desplazando a Izarra del principal rol organizador. Ese reemplazo es de hecho una muestra de la decisión de Chávez y el movimiento de suspender, como sostiene el sector de Izarra, la metódica desde abajo. Finalmente, a partir del trabajo de articulación política encabezado por Miquilena y Rangel (es decir, con el protagonismo de la “vieja izquierda”), se conformará el Polo Patriótico que llevará al triunfo electoral. No solo se “verticaliza” la nueva estructura, también se “modera”.

Conclusiones

La creación del MVR responde al giro de la estrategia de poder desde la impugnación activa a la participación electoral. El cambio en la forma en que se logrará el objetivo (la transformación política, económica y social) necesariamente ha de repercutir en la estructura que lo llevará adelante. Con una serie de acuerdos generales, mencionados aquí por Elías Jaua (terminar con el puntofijismo, luchar contra la corrupción, frenar el proceso privatizador y combatir la situación de pobreza como bandera principal), el movimiento encontró en este período dos divisiones fundamentales cuyo desarrollo intentamos reconstruir en este artículo: la posibilidad de participar de las elecciones, y la estructuración interna del nuevo movimiento-partido con sus consecuentes disputas de poder y visiones sobre el funcionamiento democrático.

Como resultado de estos debates, durante los años 1996 y 1998 se fue reconfigurando la conformación interna del movimiento: por un lado, se produjo una mayor concentración y verticalización de las decisiones a la hora de generar una estructura capaz de ganar las elecciones. Pero además se vio resentido el muy mentado protagonismo popular, la democracia protagónica que se proyectaba hacia el futuro en los documentos y declaraciones previas y que, de hecho, había comenzado a constituirse a partir de las giras que recorrieron el país con Chávez hablando en cada Plaza Bolívar tras la salida de la prisión de Yare, la conformación de los Comités o Círculos Bolivarianos, el intento organizativo “Todos con Chávez”, y el impulso inicial de la “metódica desde abajo”.

A su vez, la estructura interna se reconfiguró también en el sentido de cambiar la conformación y relación de fuerza de los intelectuales orgánicos que dirigían el movimiento. Si el presidio en Yare significó la ruptura de Chávez con Arias Cárdenas y otros miembros del MBR, el fin de los vínculos con organizaciones como Bandera Roja, Causa R y el PRV, y la incorporación de miembros al movimiento provenientes de la lucha social y de otros sectores como Nicolás Maduro, Fredy Bernal, Iris Varela o Isaías Rodríguez; el período 1996-1998 significó primero la incorporación de más sectores de la izquierda “nueva” como Elías Jaua y otros miembros de la Universidad Central de Venezuela, la reincorporación de William Izarra con un protagonismo inicial primordial, y el alistamiento definitivo de Luís Miquilena y de José Vicente Rangel (con quienes mantenían vínculos desde antes). Finalmente, este último sector desplazó a Izarra, menguó la participación de los militares conservadores (enfrentamiento que se daría con fuerza ya el primer año de gobierno) y tomó la iniciativa y control de las alianzas y la campaña electoral.

En base al devenir “chavista” y al sustento teórico brevemente expuesto en la introducción, la disputa eficaz de la hegemonía desde propuestas emancipadoras parece requerir de una serie de aspectos concatenados: una crisis que visibilice la dominación sistémica y la impugne de modo negativo; la construcción de una alternativa percibida

como viable para las grandes mayorías volviendo orgánica la crisis; la elaboración (para tal fin) de un discurso que polarice con la hegemonía en crisis evitando la salida diferencial (Laclau y Mouffe, 1987: 223), y que articule las demandas insatisfechas en un líder-rétor y/o en una demanda aglutinadora sustentada en los núcleos de buen sentido populares; la conformación de un bloque histórico que articule en la acción distintos partidos, instituciones, intelectuales orgánicos, sectores movilizados; la conformación de una estructura eficiente capaz de canalizar las decisiones tácticas pero también de producir identificación con las grandes mayorías; y, finalmente, la elaboración –también discursiva– de una serie de imágenes-fuerza capaz de producir esperanza para el cambio sistémico.

Estas estrategias de lucha por la hegemonía se mostraron eficaces para disputar y construir una alternativa por sobre la crisis sistémica en general y la crisis de la partidocracia en particular pese a, como vimos en este artículo, suspender o menoscabar principios articuladores de la propuesta como la democracia protagónica que implicaba la “metódica desde abajo”. Creemos que este clivaje, traspalado a los intentos organizativos que vendrán –Círculos, Comités, Misiones, Consejos, Comunas–, y en conjunción con el eje conservación/transformación, atravesarán todo el gobierno chavista como las dos principales tensiones del movimiento.

Bibliografía

Anria, S. (2010). “Bolivia’s MAS: between party and movement”, en Cámeron, M. y Hershberg, E (editors). *Latin America’s left turns: Politics, policies, and trajectories of change*, 101-25. New York: Cambridge University Press.

Arvelo, A. (1998). *El dilema del chavismo, una incógnita en el poder*. Caracas: Centauro Ediciones.

Balsa, J. (2020). Crisis? What Crisis? Los tipos de crisis en Gramsci y la interpretación de la crisis de hegemonía actual. *Materialismo Storico*, núm. 2, vol. IX. <https://journals.uniurb.it/index.php/materialismostorico/article/view/2476>

Balsa, J. (2019). Ernesto Laclau e l'egemonia: concetti chiavi e dialoghi con Gramsci. En: Frosini, F. y Giasi, F. (comp.), *Egemonia e modernità. Gramsci in Italia e nella cultura internazionale*. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, pp. 467-484.

Berengan, M. (2021). La simiente del chavismo: ideología y articulación antes del 4F. En *V Jornadas Internacionales de Estudios de América Latina y el Caribe* (pp. 479-493).

Berengan, M. (2022). “El Polo Patriótico y la fuerza del mito: articulación política e ideológica en las elecciones venezolanas de 1998”. *Revista Izquierdas* n° 51 (pp. 1-21). Santiago de Chile.

Berengan, M. (2023). “Rafael Caldera y el MBR200: revolución pasiva y duelo de agendas”. *Revista Conflicto Social* n° 28 (pp. 112-139). Buenos Aires.

Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 4. México DF: Ediciones Era.

Hall, S. (1998). “Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas”, en Curran, J. et al: *Estudios culturales y comunicación: Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo* (pp. 27-62). Paidós Ibérica.

Harnecker, M. (2002). *Hugo Chávez Frías. Un hombre un pueblo*. San Sebastián, España: Tercera Prensa.

Izarra, W. (2001). *En busca de la Revolución*. Caracas, ediciones del autor.

Kornblith, M. (1996). Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego. *El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones*, pp. 1-31. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/lasa97/kornblith.pdf>

Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Linares, A. (2011). *Las tensiones creativas de la revolución*. La Paz: Ed. Vicepresidencia del Estado.

López Maya, M. (1996). Nuevas representaciones populares en Venezuela. *Nueva sociedad*, 144, págs. 138-151. <https://nuso.org/articulo/nuevas-representaciones-populares-en-venezuela/>

López Maya, M. (2006). *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Caracas: Alfadil.

López Maya, M. (2009). *Venezuela, el gobierno de Hugo Chávez y sus fuerzas bolivarianas*. México DF, Ed. del Instituto Nacional Electoral.

Martínez, J. (2014). El papel del Movimiento Quinta República en la recomposición del estado venezolano (1998-2000). *Historia Actual Online*, (33), pp. 21-34.

Narvaja de Arnoux, E. (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.

Raby, Dieane (2006), *El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios*. Artículo S/d. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082006000200004

Ramírez, P. (12 de mayo de 2002). Hugo Chávez junto al Patio del Pez que Escupe Agua. *El Mundo*.

Ramonet, I. (2013). *Hugo Chávez mi primera vida*. Bs.As., Argentina: Debate.

Rangel, J. (2013). *De Yare a Miraflores, el mismo subversivo*. Caracas, Correo del Orinoco.

Thernborn, G. (1991). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México DF: Siglo XXI.

Velázquez, K. (2017). *Abril 97 desencadenante histórico*. Caracas: Ediciones Minci.

Wainer, L. (2019). *Los orígenes del chavismo*. Caterva.

Entrevistas personales citadas:

Jaua, Elías (sociólogo, ex vicepresidente de Venezuela). Entrevista realizada el 05/02/2020 en la ciudad de Caracas, Venezuela. Entrevistador: Mauro Berengan.